
HOMENAJE EN MOSCU

León de Greiff y su doble

HENRY LUQUE MUÑOZ*



ЛЕОН
ДЕ
ГРЕЙФФ

ПОД
ЗНАКОМ
АЛЬФА

Перевод с испанского
Сергея Гончаренко

Москва
«Художественная литература»

1986

Hablé con León de Greiff días antes de su muerte. Estaba cautivo en aquella palidez sobrenatural y lucía tan frágil que era preciso cerrar a toda prueba las ventanas para que el viento no atentara contra sus huesos de vikingo. Sin embargo de su rostro épico, de su boca brotaban recias las palabras como el redoble de tambor en un

* Sociólogo, escritor, poeta e investigador, profesor de la Universidad Central.

túnel. Mantenía invicto ese carácter rudo que protegía su insobornable franqueza, en un medio donde el servilismo fabrica con moldes propios especímenes de florida simpatía para consumo masivo. Vi al emisario de Bolombolo con un pie en el otro mundo pero los espejos todavía recogían su imagen.

Para el poeta y traductor soviético Serguéi Goncharenko, el célebre León está tan vivo que en los últimos cuatro años se ha entregado en cuerpo y alma a vertirlo al idioma ruso hasta dejar los 6.000 versos que conforman la antología que acaba de aparecer en Moscú, en edición de 15.000 ejemplares¹. Confiesa haber caído en lo que con acierto denomina “zona magnética greiffiana”. En verdad no ha hecho nada distinto que transmutarse, ciñéndose a la fórmula de León Guinzburg: “La traducción es el intercambio de vidas”. No me extrañaría que Goncharenko despertara un día luciendo gestos greiffianos. Por ahora posee la misma talla del poeta, tiene el mismo nombre de uno de sus seudónimos —el de Sergio Stepanski—, fuma pipa y cada vez que intenta escribir todo le sale en la entonación de Beremundo el Lelo. Y aunque no ha podido traducir nuevos autores, construyó un sólido ensayo sobre el simbolismo fónico, a partir de la rigurosa y paciente lectura de Leo Legris.

Hace poco Goncharenko realizó en Moscú dos grandes recitales consagrados al autor de *Tergiversaciones*, ante auditorios de escritores y voraces aficionados a la poesía, en lecturas de tres horas de duración, hasta quedar sin voz, y todos los asistentes cayeron en la seductora “zona magnética”. El nombre del exótico de Greiff no les sonaba extraño: León fue bautizado así en honor de un monumento de las letras rusas de apellido Tolstói; sabemos también que Luis Bogislaw, antepasado del poeta, fue un aguerrido sueco que cometió la proeza inmortal de apresar en batalla al Rey Gustavo IV de Suecia. Para el lector soviético es altamente novedosa la presencia escrita del colombiano, ya que no hay precedentes rusos que se le asemejen, salvo rasgos estilísticos de la obra de Velimir Jlestakov, figura de comienzos de siglo que reencarnaría a medias en Maiakovski.

1. *Bajo el signo de León*. Edit. Judózhstvennaia Literatura, Moscú, 1986, 296 págs.

Serguéi Goncharenko le ha rendido a nuestro León —justo diez años después de su muerte— uno de los más hermosos y perdurables homenajes, a tal punto que un amante de la poesía exclamó tras devorar el libro que hoy presentamos: “Se lee de tal modo que es imposible suponer que hubiese sido escrito en un idioma distinto del ruso”. Creemos que este volumen influirá en el desarrollo de la literatura soviética. El esfuerzo del traductor ha sido gigantesco por su valentía de enfrentarse a un autor intraducible, por haber penetrado con sagacidad en espesuras verbales gobernadas por aves de canto único y en senderos marcados por la garra de la metáfora indomable.

Con su consagración, su fino dominio del ruso y del castellano y su transparente gratitud al Maestro, el profesor Goncharenko, actual vice-rector del Instituto Superior de Lenguas Extranjeras de Moscú, ha logrado transmutarse en su otro yo colombiano. Por ahora deberá renunciar a hacerse radiografías: los médicos no sabrían que hacer ante la evidencia del doble.

Tarjeta de Identidad de Serguéi Goncharenko

Nació en Moscú, en 1945. Poeta, traductor de la poesía española y latinoamericana, crítico y filólogo. Se especializa como lingüista en cuestiones de teoría de la traducción, de filología romance y versología. Autor de los poemarios *Los cuatro veranos de un solo año*, *El bosque múltiple*, *El don Quijote de Salamanca*; traductor de la poesía de Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Juan Ramón Jiménez, F. García Lorca, Guillermo Valencia, Rubén Darío y muchos otros poetas de la lengua española. Entre sus trabajos publicados considera los más importantes las versiones líricas de Luis de Góngora, Miguel de Unamuno (*El cancionero*), León de Greiff y dos ediciones bilingües de *La poesía española en versiones rusas desde 1789 hasta 1980*. Acaba de entregar a la imprenta su último trabajo científico *Introducción a la teoría del discurso poético hispano* (Edit. “La enseñanza superior de Moscú”). Miembro de la Unión de Escritores de la URSS y de su sección de traducción literaria; forma parte de la junta literaria de esta última. Miembro del Consejo de la Federación Internacional de Traductores (FIT) y presidente del Comité para la traducción poética de la FIT. Vice-rector del Instituto Superior de Lenguas Extranjeras de Moscú y catedrático de esta universidad. Ha visitado España, Cuba, Argentina y Venezuela en varias ocasiones.

El alma como flauta cantante

(Fragmento del prólogo *Bajo el signo de León*)

Para León de Greiff, que parecería contaminarse a la vez de Góngora y Villón, su "culteranismo" era en verdad un antimétodo que oponía a los valores de la literatura romántica y modernista contemporáneas, valores que el poeta ridiculizaba sin rodeos. Pero tampoco era él propenso a tomar en serio este antimétodo tan preferido. Parece como si entre las armaduras y los estandartes de la versificación, no existiera para el colombiano nada "sagrado". El dirige su risa irónica y burlona a todo lo que describe, a cualquier tema que elige. Claro que León se halla dentro de la órbita del barroco y, precisamente por ello, es un genuino poeta latinoamericano. En este sentido conviene recordar que Alejo Carpentier observó con perspicacia que el barroco, por su esencia y su contexto, es el estilo general de la cultura latinoamericana. Sin embargo de Greiff también trata con soberbia los principios del barroco, siempre se mofa de sí mismo como si no quisiera tomar en serio su propia persona ni su creación:

*Porque me ven la barba y el pelo y la alta pipa
dicen que soy poeta. . .*

En general, la tesis de León, ya desde el principio contiene el elemento de negación burlesca y por ello no exige la antítesis expresada para lograr una profundidad verdadera, es decir dialéctica. Un lector cándido que no perciba esta contradicción velada, podrá llegar a creer que se trata de una parodia condensada del género de Kosmá Prutkov. Para un traductor también sería muy fácil ceder a la tentación de reconstruir sólo esa estructura tan característica de la poesía de León, sin reproducir las cargas negativas que saturan la idea del autor. La saturan, ya que en sus versos conviven palabras y expresiones de diferente potencial estilístico. Estas diferencias producen —línea tras línea— cortocircuitos y es cuando un flash inesperado ilumina con luz irónica toda la estrofa anterior.

André van Wassehove, poeta y filólogo belga exclamaba que "De Greiff es capaz de desesperar a cualquier traductor con su juego de palabras y su habilidad para crear otras nuevas". Pero aún más difícil será interpretar paso a paso, con los medios de otro idioma,

el efecto que en el texto original produce la ruptura de los enlaces estables entre la forma fonética de una palabra y su sentido habitual, lexicográfico, el efecto a que tanto aspiraba León de Greiff. Es bien sabido de todo lector atento que una palabra, en el marco poético, no equivale a la misma palabra en el contexto de la prosa. Pero de Greiff explota con tanta maestría y persistencia este mecanismo de aumentar la tensión poética del sentido, que sus versos, en una traducción literal, no sólo dejan de ser poesía sino que se convierten en una adacadabra. Son las líneas enteras y aún más las unidades más complejas del texto poético, como las estrofas y sus combinaciones, las que portan el sentido formalizado. El significado de palabras aisladas parece disolverse en un denso torrente fónico, cuyos coágulos adquieren su propio sentido independiente, indivisible y significativo por sí mismo.

No cabe duda que León de Greiff era un rebelde. Pero junto con sus contemporáneos de Europa y América Latina, ya sean Pablo Neruda, Rubén Darío o el joven Maiakovski, él no se sublevaba sólo por sublevarse. Su espíritu agitado se armaba contra “opresores de la verdad” bastante concretos. En primer lugar contra el despotismo de la “total inopia en los cerebros” y los “menjures bur-sátiles”. Contra el tiranuelo de la moral y del orden legal, llamados a garantizar la tranquilidad y el bienestar del burgués próspero. . .

Así quedó grabado León de Greiff en la memoria de sus contemporáneos: boina calada, boquilla apretada entre los dientes, joven mirada reluciente que atraviesa al interlocutor desde las gafas perspicaces del patriarca.

Serguéi Goncharenko